
Repensando la heterosexualidad: las mujeres con los hombres*

Lynn Segal

Las feministas heterosexuales han transitado un azaroso camino estos últimos veinticinco años. Las mujeres que han querido pensar y repensar, en vez de presumir y preservar, lo que significa ser heterosexual, han enfrentado un obstáculo tras otro. Esto difícilmente sorprende, ya que la cultura occidental sigue siendo profundamente ambivalente respecto a la sexualidad y las mujeres. Además, el feminismo occidental se ha mostrado profundamente dividido sobre la cuestión de las mujeres heterosexuales. El problema que enfrentamos hoy es cómo superar esta división.

El primer impedimento radica, obviamente, en los hombres: en cómo son y en cómo se los representa en las ideas dominantes de "masculinidad" que configuran el comportamiento masculino aceptable. La "masculinidad" en la cultura occidental se apoya, por lo menos en parte, en la persecución sexual de las mujeres, sostenida en cierto tipo de bravuconada sexista que deja ver tanto un miedo a la intimidad real como un horror ante cualquier muestra de "debilidad" o "afeminamiento". Roger McGough se lamenta "HACE TIEMPO VIVÍ EN MAYÚSCULAS / MI VIDA EXTREMADAMENTE FÁLICA/ pero ahora estoy en minúsculas / con una ocasional *itálica*".¹ Sin embargo, sentirse débil o poco importante genera algo más que un lamento poético o una auto-obsesión egoísta, necesarias para apuntalar las débiles presunciones de la masculinidad. Frecuentemente motiva ira y violencia, dirigidas principalmente contra las mujeres, especialmen-

* Los siguientes textos son fragmentos del capítulo 6 del libro de Lynn Segal, *Straight Sex: Rethinking the Politics of Pleasure*, Virago, Londres, 1994. Agradecemos a la autora el permiso de su reproducción

¹ Roger McGough, "tailpiece" en *Gig*, Jonathan Cape, Londres, 1973, p. 59.

te contra su sexualidad "necesitando sangre de mujeres para vivir / un pecho de mujer para apoyar su pesadilla";² aunque la ansiedad de siempre tener que mostrar las pruebas de la "masculinidad", aun cuando la palabra confiera poco estatus o autoridad, es algo contra lo que algunas veces los propios hombres se han rebelado, aunque con éxito limitado.³

El siguiente obstáculo para los sueños femeninos de autonomía y placer heterosexual apareció acompañado de la impaciencia feminista por encontrar las "auténticas" experiencias de las propias mujeres frente a las imágenes degradantes elaboradas de ellas por los hombres. En busca de su propio deseo, libre de enmarañamientos con los mitos y significados androcéntricos, algunas feministas heterosexuales abandonaron y otras no dijeron nada más (y ciertamente no escribieron nada más) sobre sus anhelos de intimidad emocional y física con los hombres. Una constante situación difícil esperaba enroscada dentro de los flexibles discursos falocéntricos sobre el sexo, el deseo y la subjetividad, cualesquiera que fueran las nuevas posibilidades y estímulos para que las mujeres repensáramos y reformuláramos nuestros encuentros sexuales con los hombres. Lo que acompañó burlescamente la búsqueda de muchas mujeres por una potenciación sexual fue el siempre creciente mercado sexual y las modas y fijaciones de los medios, dirigidos a estimular los miedos y los anhelos sexuales.

El *impasse* final de las radicales sexuales fue, y sigue siendo, la elusiva rebeldía de la pasión sexual. Algún nivel de confusión y enfrentamiento es inevitable si algún día las mujeres heterosexuales logran abrirse camino entre las contradicciones sexuales. Esperar otra cosa es negar la complejidad de este asunto decisivo, pero traicionero. Sin embargo, ha sido una tendencia poderosa del propio feminismo la que, desde la última década, ha hecho más para sobresimplificar la cuestión de la heterosexualidad amarrándola, inevitablemente, a la subordinación de las mujeres.

* * * *

² Adrienne Rich, "Natural Resource", en *The Dream of a Common Language: Poems 1974-1977*, Norton, Nueva York, 1978, p. 63.

³ Ver Lynn Segal, *Slow Motion: Changing Masculinities, Changing Men*, Virago, Londres, 1990.

Las experiencias sexuales están tan ligadas a las esperanzas y las privaciones más intensamente sentidas, pero peculiarmente inexpresables, prometiendo ya sea la confirmación de, o la amenaza a nuestras identidades como personas valiosas o susceptibles de ser amadas; que es casi inevitable que conjuren inseguridades y angustias. Por eso Carol Vance ha dicho: "Hay una línea muy tenue entre hablar de sexo y establecer normas".⁴ En efecto, así ocurre.

Cuando investigaciones de inspiración feminista, como la de Shere Hite, reportaron que sólo 30% de las mujeres alcanzan el orgasmo durante el coito con penetración, esto rápidamente fue transformado por la propia Hite y por otras en la espuria declaración de que a la mayoría de las mujeres no les gustaba la penetración (en contra de la complejidad de sentimientos que la propia Hite descubrió⁵). En poco tiempo el mensaje coercitivo de mucha de la literatura feminista relativa a los consejos sexuales fue que las mujeres listas, en contacto con sus necesidades "auténticas", evitarían una sexualidad con penetración. (Una caricatura feminista mostraba a una mujer fuerte, desnuda, mirando dubitativamente a un vibrador en forma de pene: "Hmm... ¿dónde me lo pongo? La mujer daba vueltas para terminar tirándolo horrorizada, repitiendo con indignación la absurda sugerencia: ¿En mi coño?".⁶) Sin embargo, cualquier preferencia feminista por una relación sexual clitoral en vez de vaginal, "activa" en vez de "pasiva", autocontrolada en vez de "auto-destructiva", no sólo ignora la rebeldía del deseo, sino que en lugar de trascender el repudio de la "feminidad" en nuestra cultura misógina, lo refleja.

La repetición de dicho repudio es fácil de comprender: ni siquiera la enciclopedia feminista más reciente sobre la sexualidad, *The Sexual Imagination* (1993), incluye una definición de *vagina*, pero la historia y el significado del *clitoris* están ampliamente descritos por la redactora principal: (éste) "juega un papel desproporcionadamente

⁴ Carole S. Vance, "Pleasure and Danger: Towards a Politics of Sexuality" en Carole S. Vance ed., *Pleasure and Danger: Exploring Female Sexuality*, Routledge & Kegan Paul, 1984, p. 21.

⁵ Ver capítulos 2 y 3.

⁶ Esta caricatura aparece en Anja Meulenbelt, Johanna's daughter, *For Ourselves: Our Bodies and Sexuality - from Women's Point of View*, Sheba, Londres, 1981, pp. 100-1.

importante en el placer sexual femenino".⁷ Aunque ha sido cuestionada, siempre que se ha reafirmado la resonancia reproductiva de la iconografía de la vagina como "el canal del nacimiento", ha amenazado con socavar o borrar cualquier significación codificada de placer.

* * * *

Cuando a principios de los años 70's Anne Severson empezó a mostrar su cortometraje sin sonido "Near the Big Chakra," que reúne fotografías en color de "coños" o vulvas, éste despertó reacciones extraordinariamente fuertes tanto de gusto como de disgusto. Las mujeres peleaban entre sí por la película. Una admiradora le declaró a Severson "soy capaz de matar por tu película". Algunas veían las imágenes como poderosas, con humor, y disfrutables, reflejando energía y actividad, "una pasividad activa".⁸ Para ellas, la intrincada delicadeza y complejidad, y las múltiples formas y tonos que constituyen toda la zona genital femenina (desde la entrada vaginal, los vellos púbicos, los labios mayores y menores, el clítoris, las secreciones, hasta el ocasional hilo de tampax que se asoma) pueden burlarse y revertir la imagen de "hoyo" que el discurso masculino ha hecho al respecto, como una envoltura para el pene. Cathy Schwichtenberg explica su efecto subversivo:

la ausencia que no es ausencia mira a los espectadores masculinos produciendo un doble vínculo de miedo y deseo, que, de forma alternada, los chupa y los empuja hacia afuera; y demanda algo más que un fin del pene/falo. Estas vulvas piden caricias textu/sexuales: un faje placentero y un cuestionamiento de ideas.⁹

Y pueden seguir pidiéndolas. Schwichtenberg está en lo correcto al sugerir que estas imágenes nuevas del cuerpo femenino, que algunas mujeres (y quizá también algunos hombres) encuentran disfrutables, pueden iniciar un lento proceso de resignificación, especialmente en contextos culturales donde los espectadores ya están dispuestos a

⁷ Harriett Gilbert., ed., *The Sexual Imagination: From Acker to Zola*, Jonathan Cape, Londres, 1993, p. 56.

⁸ Cathy Schwichtenberg, "Near The Big Chakra: Vulvar Conspiracy and Protean Film/Text", *encritic*, vol. 4, núm. 2, otoño de 1980, p. 81; Anne Severson, "Don't Get Too Near The Big Chakra" (1974) en Marsha Rowe ed., *Spare Rib Reader*, Harmondsworth, Penguin, 1982.

⁹ Schwichtenberg, *op. cit.*, p. 85.

problematizar los significados tradicionales. Pero ante el hecho de que muchas mujeres rechazan la película de Severson por asquerosa, degradante y pornográfica (en Londres un hombre vomitó durante una sesión), todavía tenemos mucho que problematizar y mucho más que explicar antes de que los genitales femeninos se afirmen en el lenguaje como algo más que "hoyos para los hombres".

* * * *

Un primer punto a reconocer es que, como sea que la analicemos, no será un asunto fácil la tarea de romper los códigos que vinculan la sexualidad activa a las polaridades jerárquicas y fálicas del género. Las mujeres son continuamente frenadas, tanto por el lenguaje y la cultura como por las políticas del género vigentes, para que no afirmen un deseo sexual activo, como mujeres. La primera trampa es pensar, como hacen los sexólogos y la capa femenina de la cultura de masas (con la revista *Cosmopolitan* a la cabeza), que se pueden ignorar tanto las dimensiones simbólicas del lenguaje como las relaciones de poder que existen entre mujer y hombre. Desde esas perspectivas, las mujeres son presentadas como las ya activas e igualitarias compañeras sexuales de los hombres y se les recomienda cómo obtener un hombre y cómo complacerlo, como si él también estuviera buscando ese tipo de consejo.

Dicha retórica niega la amplitud de la violencia sexual masculina contra las mujeres y es voluntariamente ciega a la arraigada misoginia cultural e interpersonal, alarmantemente manifiesta al más mínimo rasguño en la fachada liberal de la igualdad sexual: ¿quién teme algún signo de la independencia femenina? ¿de la mujer sola y que trabaja? ¿de la madre soltera? ¿de una hembra sexual sola? Sobre todo, lo que el liberalismo sexual predominante sabe, pero decide desconocer, es que el compromiso sexual de los hombres con las mujeres está codificado primero y ante todo como una afirmación de "masculinidad" saludable, y convierte frecuentemente la práctica sexual en algo donde los hombres no buscan complacer a las mujeres. Esta es la razón por la cual aún se considera (por ejemplo, la American Urological Association) que los hombres tienen cualquier dificultad con la erección del pene padecen una "enfermedad del ser". De nuevo, los encuentros sexuales mutuamente satisfactorios entre mujeres y hombres

tienen poco que ver con lo que aquí se ve como el problema o la solución:¹⁰ la "impotencia" fue "tratada" nueve veces sobre diez por estos expertos en sexualidad masculina con implantes peniles o con intervenciones médicas similares para producir resultados en la erección, pero sin sugerencias de placeres eróticos alternativos. También es ésta la razón por la cual, al contrario de lo que podríamos esperar si el compromiso sexual fuera visto por los propios hombres como algo que tiene que ver con compartir mutuamente el placer, la violación por conocidos (*date rape*) no es una idea sin sentido y ni siquiera una idea conceptualmente peculiar. Más bien, es la deprimente y conocida experiencia que la mayoría de las mujeres intenta prevenir en algún momento, aunque su acuñación y las discusiones legales al respecto sean recientes.¹¹

Las mujeres se relacionan sexualmente con los hombres buscando aventura, placer, confirmación de ser deseables y, tal vez lo más frecuente, para entablar o sostener relaciones con ellos; algunas veces por dinero, y otras más simplemente para complacer. Pero jamás es el acto sexual en sí mismo lo que públicamente confirma una "feminidad" sana. Culturalmente, suele connotar mensajes de vulnerabilidad o de desprecio ("la puta del año"), a menos que el estatus de la mujer esté asegurado por la contribución positiva de un hombre. Ninguna feminista puede ignorar el simbolismo del "acto sexual", como tampoco puede pasar por alto la compulsión psíquica de muchos hombres, combinada con su poder físico o social, para coercionar a las mujeres al acto sexual. A pesar de las funestas interpretaciones de los sociobiólogos, cualquier componente estrictamente hormonal de la excitación sexual masculina puede liberarse a través de la masturbación con mucha mayor eficacia que a través del sexo coercitivo con otra persona; un hecho fisiológico tan cierto para los hombres como para las mujeres.

Otra de las razones por las que es tan difícil romper los códigos que vinculan la sexualidad a las polaridades jerárquicas del género

¹⁰ Leonore Tiefer, "Three Crises Facing Sexology", International Academy of Sex Research, junio 1993, Asilomar Conference Center, Pacific Grove, California. Reprints Tiefer, Department of Urology, Montefiore Medical Center, Bronx, Nueva York, 10467.

¹¹ Ver, por ejemplo, Elizabeth Stanko, *Intimate Intrusions: Women's Experience of Male Violence*, Routledge & Kegan Paul, Londres, 1985; Pauline Bart y Patricia O'Brien, *Stopping Rape: Successful Survival Strategies*, Pergamon Press, Nueva York, 1985.

es que, fuera del discurso sexológico, la producción cultural masiva para las mujeres está construida alrededor de las convenciones y placeres de la narrativa romántica clásica. Conocemos el libreto de memoria, con o sin la ayuda de Mills y Boon o de las telenovelas. Lo hemos absorbido, consciente e inconscientemente, de las fantasías y sueños de nuestras madres, y de nuestro disfrute de casi cualquiera de las narrativas de cine o ficción popular, donde nos vemos reflejadas, como mujeres, en la heroína femenina que espera. Sólo al último instante, después de derrumbar obstáculos enormes, podemos ganar vicariamente todo lo que hemos deseado: la felicidad triunfante de sabernos el objeto infinitamente adorado de nuestro siempre más fuerte, más penetrante y poderosamente agresivo (si no es que renuientemente brutal) héroe masculino, esa criatura que, cuando el libro termina, o se acaba el rollo fílmico, por fin se arrodilla ante su desvalido amor por nosotras. En su clásico análisis del género romántico, Tania Modelski señala que estas convenciones de cumplimiento mágico de nuestros deseos son "parte de nuestra herencia cultural como mujeres".¹² Muchos estudios sobre las experiencias sexuales de las mujeres jóvenes insinúan que esta herencia tiene un aspecto incapacitante. De acuerdo con recientes investigaciones inglesas, una de las principales razones que dan las mujeres jóvenes para permitir que sus parejas masculinas dicten la naturaleza de sus prácticas sexuales es que definen la sexualidad en términos de amor y romance.¹³ Esto también explica la decepción de muchas mujeres con la sexualidad.

Pero a pesar de lo poderosas que resultan estas convenciones románticas, sus efectos son recibidos en formas diversas por diferentes mujeres y son filtrados a través de identificaciones personales particulares, dentro de las profundamente divididas trayectorias materiales y sociales de clase, raza, edad, orientación sexual y otras pertenencias subculturales más específicas. Recuerdo el desaliento que sentí en la edad adulta al entrar en situaciones donde la falta de

¹² Tania Modelski, *Loving with a Vengeance: Mass-Produced Fantasies for Women*, Methuen, Londres, 1984; ver también Janice Radway, *Reading the Romance: Women, Patriarchy and Popular Literature*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1984.

¹³ Janet Holland et al., "Pressure, Resistance and Empowerment: Young Women and the Negotiation of Safer Sex", documento presentado en la Fifth Conference on the Social Aspects of AIDS, Londres, 1991.

opciones me forzaba a consumir las historias románticas publicadas en las revistas femeninas de circulación masiva, con los limitados horizontes de sus heroínas tan apabullantes y evidentes, mucho antes de que el feminismo llegara para quedarse con su desprecio insolente y su rechazo de los mitos peligrosos del romance: "Empieza cuando te hundes en sus brazos y acaba cuando hundes los brazos en su fregadero". Las narrativas del enamoramiento, con su resonancia fuertemente familiar, juegan un papel importante en el modelaje de esas identificaciones y prácticas a través de las cuales somos producidas como "femeninas"; pero en sus juegos imaginarios con el poder masculino, también revelan algunas de las contradicciones y ambigüedades internas de estas identificaciones frágilmente femeninas.

Si bien por todas esas razones, el primer punto de las saboteadoras de la sexualidad y el género es reconocer las constricciones reales del limitado poder social de las mujeres, y las herencias culturales sumisas o complacientes, en cambio el segundo punto es reconocer que los códigos que vinculan a la sexualidad con las polaridades jerárquicas del género, aunque siempre presentes, nunca son fijos ni inmutables. Al contrario, son crónicamente inestables y en realidad, muy fáciles de subvertir y parodiar, a pesar de que los veamos reestablecidos repetidamente. Freud observó los frágiles lazos de la sexualidad con cualquier diferencia fundamental de género. Comprobó el dolor y la frustración que generaba —en mujeres y hombres— tratar de mantener en su lugar esas diferencias. Pero no supo qué hacer con su observación, salvo prevenir al mundo: "La psicología está todavía tan en la oscuridad en asuntos de placer y displacer que la opción más cautelosa es la más recomendable".¹⁴ Pero su propia cautela, y mucho más la de la mayoría de sus seguidores, privó a sus pacientes de opciones. Freud los encaminó hacia la aceptación de lo que él pensaba que ellos no podían cambiar: una narrativa del desarrollo progresivo hacia la diferencia sexual normativa y la madurez heterosexual, vista desde el marco familiar de la autoridad patriarcal y la subordinación femenina, capturada para siempre, él creía, en la visión infantil de la agresión paterna en el coito marital.

¹⁴ Freud, "Three Essays on the Theory of Sexuality", en *On Sexuality*, Pelican Freud Library, vol. 7, Harmondsworth, Penguin, 1977, p. 100.

Después de todo este tiempo, aún son raros los psicoanalistas que, observando la fuerza culturalmente sobredeterminada de dicha narrativa, tratan de ubicarla junto a otras narrativas. Esos pocos, como Adams Phillips, plantean que el psicoanálisis es más valioso cuando se desprende de su postura tontamente convencional de "sabiduría", y ayuda a las personas a descubrir nuevas cosas sobre ellas mismas que no sabían que podían valorar: "hay y ha habido muchas historias en esta cultura y en otras culturas a través de las que las personas examinan sus vidas y también las transforman". Las percepciones alternativas, él señala, son apenas más raras que la idea del inconsciente, que es "por definición el saboteador de la inteligibilidad y de las historias de vida normativas".¹⁵

Sobre éstas líneas, el psicoanalista francés Jean Laplanche critica la base ideológica de la narrativa freudiana, que vincula actividad y pasividad a la diferencia sexual y al coito:

Creo que Freud no entendió para nada lo relativo a la actividad y la pasividad... ¿Es la penetración más activa que recibir al pene? ¿Por qué? Después de todo es una perspectiva muy superficial pensar que en el coito el hombre es activo y la mujer pasiva. [Freud] dice que toda pulsión, en sí misma, es activa; es una parte de la actividad que desea cambiar el mundo. Yo diría que sí, que cada pulsión es activa, pero también que es el resultado de la pasividad, o sea, de nuestra pasividad hacia las representaciones inconscientes que impulsan la pulsión en acción. Ese es mi punto. Mientras no se tenga una clara idea de lo que son la actividad y la pasividad, se parte de la ideología y se dice: "Lástima que las mujeres son pasivas o que las mujeres son co-activas". Freud compartía totalmente esta ideología.¹⁶

Tal vez Freud no comprendió el punto, pero es evidente que la mayoría de las personas tampoco. Ciertamente no lo han comprendido esas feministas que actualmente "teorizan" la heterosexualidad y que nos informan que "aunque muchas mujeres pueden disfrutar de la sensación de una vagina llena (!), nunca podremos evitar los significados pasivos, subordinados y humillantes de la penetración peneana mediante la cual las mujeres son 'tomadas', 'poseídas', 'cogidas'".¹⁷

¹⁵ Adam Phillips, *On Kissing, Tickling and Being Bored*, Faber and Faber, Londres, 1993, p. xix.

¹⁶ Jean Laplanche, "The ICA Seminar: New Foundations for Psychoanalysis?", 5 mayo 1990, en John Fletcher y Martin Stanton eds., *Jean Laplanche: Seduction, Translation, Drives*, Institute of Contemporary Arts, Londres, 1992, p. 80.

¹⁷ Celia Kitzinger et al., "Theorizing Heterosexuality: Editorial Introduction", *Feminism and Psychology*, vol.2, núm. 3, octubre 1992, p. 313.

En contraste, Laplanche nos hace ver que no existe una barrera sólida construyendo el supuesto binomio actividad/pasividad, sin el cual hay poco de la diferencia sexual y del propio acto sexual que sea firmemente "opuesto" o firmemente "hetero". Creo, siguiendo a Laplanche, que en vez de permanecer sojuzgadas, las feministas tenemos toda la razón para cuestionar y dismantelar los significados que el discurso dominante confiere a la penetración peneana. Como dice Naomi Segal: "La intimidad es sin duda algo que tiene que ver con la penetración sin violencia, sin separar el afuera del adentro."¹⁸ La misma distinción entre afuera y adentro se elimina cuando los dedos, los labios, la nariz o la lengua se pasean amorosos o llenos de deseo sobre, en y dentro de la carne del otro.

* * * *

Trataré, aunque sea especulativamente, de dejar atrás las narrativas convencionales sobre la sexualidad y la diferencia de género, usando todos los recursos conceptuales disponibles. Los recursos incluyen las apropiaciones feministas, *gays* y lésbicas de los legados sexológicos, freudianos y foucaltianos. La sexología nos ha contado una historia sobre órganos y orgasmos, sugiriendo que, como centro de placer orgásmico, el clítoris está dotado de terminaciones nerviosas y es tan capaz, y está más dispuesto, a la acción sexual que el pene. No lo debemos olvidar. Pero no podemos aprender de la sexología nada sobre la fuente ni la fuerza de las ideologías de género que plantean y controlan una historia diferente. Al contrario, se nos asegura que, con instrucción, éstas se deben debilitar. Pero no sucede así. Son muchas más las cuestiones involucradas en la vida emocional de una mujer que el desconocimiento de la ruta más eficaz hacia el orgasmo.

Aquí, la ausencia clave es la historia del deseo. Todas las encuestas estadísticas y los libros de autoayuda del mundo nada pueden hacer para despertar el deseo, a pesar del alivio y la relajación que en verdad da la masturbación. Algunas feministas han tratado de producir historias para que las mujeres cobremos un interés ro-

¹⁸ Naomi Segal, "Why can't a good man be sexy? Why can't a sexy man be good?" en David Porter ed., *Between Men and Feminism*, Routledge, Londres, 1992, p.45.

mántico en nuestros cuerpos, sin referencias a otra persona que nos desea o que nos responde, bajo el supuesto de que "nuestro mayor amorío lo tenemos con nosotras mismas". Con esto se relaciona una moda por el celibato. Pero no podemos simplemente amarnos a nosotras mismas. Ni siquiera podemos efectuar ese gesto paradigmático del amor: no nos podemos auto-besar.¹⁹ Lo que nos excita jamás es nosotras mismas, solas, sino pensamientos de ser deseadas, dominadas o manipuladas por otras personas, y pensamientos de desear, subordinar o usar a otras personas; aun durante la masturbación, ¿o tal vez especialmente entonces?

* * * *

Tanto en nuestros sueños (despiertas o dormidas) como al compartir nuestra vida con otros (aunque sea por poco tiempo) lo que siempre nos excita, consuela o atormenta es la relación con una o más personas significativas. Son esas personas especiales, reales o imaginarias, las que nos incitan con su promesa, rechazo o amenaza de intimidad sexual, placer, relación; al menos creo que la mayor parte de las veces éstas nos generan un deseo constante de ser precisamente abrazadas, y de abrazar, oler, probar, besar, acariciar y sentir a una persona en particular en nuestros brazos, nuestra boca, nuestro coño... Siempre es un otro a quien tratamos de alcanzar cuando experimentamos deseo y del que ansiamos sentirnos deseadas; es su contacto físico lo que queremos, algunas veces nos basta cualquier contacto, aunque sea una mirada atenta. Creo que uno de los grandes placeres es saber que somos capaces de desear, tal vez de amar, a otro ser humano, especialmente si esto sucede fuera del ámbito de la fantasía. (Por "amor" sexual me refiero a la convicción, que puede resultar equivocada o pasajera, de que queremos y necesitamos el contacto físico más íntimo y afectivo con otra persona para siempre; lo cual difiere, aunque sea igual de importante, de los compromisos de amistad con que cuidamos y halagamos a otra persona, sin ninguna relación con el deseo.)

¹⁹ Anja Meulenbelt, *op. cit.*, p. 22; Sally Kline, *Women, Celibacy and Passion*, André Deutsch, Londres, 1993.

Muriel Dimen intenta resumirlo en estas palabras:

La experiencia erótica es extraordinaria, se ubica entre la fantasía y la realidad, el sueño y la vida cotidiana. No conoce la vergüenza ni los límites. Incluye sin esfuerzo el placer y el dolor, el poder y el amor, la mente y la cultura, lo consciente y lo inconsciente.²⁰

Naomi Segal especifica cinco elementos del placer en el deseo heterosexual de las mujeres, todos los cuales tienen resonancia con lo que he leído, visto y sentido. Tal deseo puede ser caracterizado por su espíritu juguetón, su recuperación de sentimientos infantiles (o lo que la conciencia pueda tolerar de su perversidad polimorfa originaria), su relación con la crianza, sus juegos con el poder (en especial, el placer de sentir poder sobre el poderoso), y su sentido narcisista de completud mediante el acceso al cuerpo de otro: "El hombre con quien la mujer experimenta tal rango de placeres se vuelve *sexy*".²¹ Exceptuando los juegos con el poder —simbolizado culturalmente como "fálico" y "masculino"— no parece existir razón alguna para visualizar los placeres y riesgos del amor como distintivamente "femeninos" o "heterosexuales". Los hombres, *bugas*²² y *gays*, también tienen fuertes investiduras psíquicas en el poder que perciben de su persona amada. Los objetos femeninos del deseo masculino son percibidos (y frecuentemente temidos) como si tuvieran un enorme poder sobre el hombre que los desea.

* * * *

Entonces, ¿cómo luchamos contra la hegemonía fálica al definir el sexo y el género, para afirmar unas construcciones más capacitadoras del cuerpo femenino? Supuestamente, es a través de la actividad sexual que consolidamos la dominación de género y la peneana/fálica. Como lo plantea Mailer, al celebrar la polaridad de género al mismo tiempo que muestra su dependencia del patrón heterosexual: "Un hombre se hace más masculino y una mujer más femenina si se vienen juntos en los rigores completos de una cogida".²³ Pero, ¿es cierto? Yo pienso que al contrario. En la medida en que nos fijamos

²⁰ Muriel Dimen, *Surviving Sexual Contradictions*, Macmillan, Londres, 1986, p. 16.

²¹ Naomi Segal, *op. cit.*, p. 35

²² *Buga* es el término mexicano para referirse a heterosexual, análogo al "straight". (N.de la T.).

²³ Norman Mailer, *Prisoner of Sex*, Weidenfeld & Nivolson, Londres, 1971, p. 171

en esta sobrecargada normatividad heterosexualizada, vemos lo que está intentando esconder con tal empeño. Las relaciones sexuales son tal vez las más complejas y problematizantes de todas las relaciones sociales, precisamente porque *amenazan* en vez de confirmar, la polaridad de género, especialmente cuando son heterosexuales. Con discursos múltiples que hacen de la sexualidad el lugar de las investiduras más diversas y contradictorias, que cruzan los límites entre lo público y lo privado, lo superficial y lo profundo, la posesión y la pérdida, ésta puede reunir niveles aterradores de angustia y tensión: pasada, presente y futura.

A través de la sexualidad se percibe el conflicto: "Ahora eres extrañamente vulnerable / ya no más orgullosamente protegido", le escribe una mujer a su amante masculino del que se está alejando, con una dolorosa conciencia de que "ya no puedo asentarme en mi espacio / sin la punzada de tu deseo".²⁴

Esta es una razón por la cual los hombres temen la vinculación homosexual, por su amenaza potencial a sus solidaridades homosociales, lo cual vuelve más extraño que muchas feministas teman el emparejamiento heterosexual como una amenaza a la solidaridad feminista entre ellas. Las alianzas políticas y otras actividades colectivas están igual de amenazadas que de consolidadas por la actividad sexual. Sin embargo, en particular, la sexualidad pone en riesgo la "masculinidad", con su ideal masculino de una autonomía del ser propio, amenazada por la abnegación y autonegación del ser que engendra el deseo sexual.

En la sexualidad, a diferencia de la mayoría de otros contextos sociales, los hombres que desean a las mujeres pueden enfrentar sus mayores incertidumbres, inseguridades, dependencias y diferencias hacia ellas. Estas son tensiones que pueden ser canalizadas en niveles aparentemente crecientes de misoginia como respuesta a las exitosas imágenes y acciones afirmativas que el feminismo ha ayudado a construir. Esto lo vemos en la escalada de violencia reportada contra las mujeres.²⁵

* * * *

²⁴ Sheila Rowbotham, "Outer Hebrides", en Michelene Wandor and Michèle Roberts, eds., *Cutlasses & Earrings: Feminist Poetry*, Playbooks 2, Londres, 1977, pp.41-2.

²⁵ Ver Liz Kelly, *Surviving Sexual Violence*, Polity, Cambridge, 1988, pp. 50, 87-8.

En los debates feministas sobre la naturaleza del deseo y la política del placer, las fantasías y prácticas lesbianas han jugado un papel crucial, precisamente por su aspecto de contradicción. Pero las mujeres bugas pueden ofrecer algo a cambio, ayudando a revertir las oposiciones opresivas que vinculan la identidad de género con la sexualidad por la vía de la heterosexualidad; al menos podrían, si no estuvieran culpabilizadas por la idea de que la heterosexualidad es “en el mejor de los casos” un “pegoste vergonzoso del feminismo”, si no es que una “contradicción de términos”. Todas las feministas deberían, y estratégicamente podrían, participar en el intento de subvertir los significados de “heterosexualidad”, en vez de simplemente tratar de abolir o silenciar su práctica.

La estrategia más familiar y excluyente con las mujeres que disfrutan el sexo buga es no sólo punitiva y poco agradable sino equivocada: respalda, en vez de cuestionar, los significados de género que se mantienen a través de prácticas heterosexuales, opresivas y normativas. El desafío que enfrentan todas las feministas, por encima de la necesidad de seguir despostillando al poder social sostenido de los hombres (que parece condensado en el simbolismo fálico), es reconocer que existen *muchas* “heterosexualidades”.

* * * *

Una vez reconocidas la diversidad y la fluidez sexual, la naturaleza fluctuante de los encuentros o relaciones heterosexuales se vuelve obvia: algunos son placenteros, autoafirmantes, apoyan, son recíprocos y potencian; otros son compulsivos, opresivos, patológicos o incapacitantes; debemos movernos entre ambos.

Hay, claro está, exactamente las mismas potencialidades que en las relaciones lesbianas y *gays*, con por lo menos dos diferencias cruciales. Primero, las personas homosexuales, abiertas o encubiertas, enfrentan los peligros diarios de la vida en una cultura homofóbica tan extrema que a nuestros periódicos se les permite orquestar campañas de odio contra ellas, especialmente contra los hombres homosexuales en estos años post-sida, como “buscadores de muerte, deseantes de muerte y con tratos con la muerte”. En segundo lugar, aunque el maltrato y el abuso pueden ocurrir en relaciones con personas del mismo sexo, carecen de las connotaciones sociales e ideológicas, institucionalizadas, que sostienen la ex-

plotación de las mujeres por los hombres. Pero socavar la heterosexualidad normativa y obligatoria también significa socavar la construcción de su otro: el "homosexual". Estas son alianzas que pueden y deben ser hechas, mientras buscamos trastocar las expectativas del sexo buga, y escurrirnos entre los opuestos binarios que vinculan la sexualidad y el género. Ya es hora de que haya más de nosotras que asuman públicamente una postura de: *¿cómo te atreves a asumir lo que significa ser buga?*

Existen diferentes experiencias heterosexuales y diferentes heterosexualidades. Necesitamos explorarlas, para afirmar las que están basadas en la seguridad, la confianza y el afecto (independientemente de que sean cortas o prolongadas), y que por lo tanto potencian a las mujeres, y porque requerimos pensar (aunque no será fácil) en cómo fortalecer a las mujeres para que manejen las experiencias que no lo son. Las mujeres pueden tratar de maximizar sus oportunidades de buenas relaciones heterosexuales a través de una combinación de cautela, nuevas oportunidades, juguetonería, autoafirmación, apoyo mutuo y, tal vez sobre todo, suerte. Las encuestas y los reportes biográficos muestran que las mujeres todavía enfrentan más problemas en relación al sexo que los hombres, especialmente (aunque no exclusivamente) cuando son sexualmente inexpertas. Las prácticas y los discursos liberales por sí mismos no disuelven los significados de género tradicionalmente vinculados a la experiencia sexual que alimentan la coercitividad en los hombres y la complacencia en las mujeres.²⁶ La lucha ideológica debe continuar.²⁷ Y aunque los dos sexos tienen sus miedos y ansiedades respecto a la apariencia, deseabilidad y niveles de confianza, todavía son de manera abrumadora las mujeres las que experimentan o tienen razón al temer

²⁶ En Susan Kippax, June Crawford, Cathy Waldby y Pam Benton, "Women Negotiating Heterosex: Implications for AIDS Prevention", en *Women's Studies International Forum*, vol. 13, núm. 6, 1990; se encuentra tanto una discusión útil como una investigación cualitativa del tema.

²⁷ Ver Gail Wyatt *et al.*, "Kinsey Revisited, Part I: Comparisons of the Sexual Socialization and Sexual Behaviour of Women Over 33 Years", *Archives of Sexual Behaviour*, vol. 17, núm. 1, 1988; Janet Holland *et al.*, *Pressure, Resistance, Empowerment: Young Women and the Negotiation of Safer Sex*, WRAP Paper 6, Tufnell Press, Londres, 1991.

la violación o el abuso sexual, junto con preocupaciones sobre la anticoncepción.

* * * *

Sin embargo, acompañando estas continuas batallas contra el poder de la imaginaria y la práctica sexistas y racistas para socavar e incapacitar a las mujeres, también debemos prestar atención al hecho de que, cuando las mujeres jóvenes de hoy dicen lo que esperan del sexo, esto no es tan distinto de lo que los hombres jóvenes plantean. Ambos subrayan la importancia del sexo con afecto, y también hacen hincapié en sus necesidades de "amor", "cuidado" y "compromiso". Algunas mujeres, sin embargo, parecen tener más recursos que otras para perseguir y satisfacer esas necesidades y deseos. Si, como dice Bourdieu, "el mecanismo principal de la dominación opera a través de la manipulación inconsciente del cuerpo",²⁸ vamos a tener que seguir construyendo nuevas fuentes de educación erótica y corporal centrada en las mujeres, confianza erótica y corporal a través de las cuales las mujeres se sientan más capaces de afirmar su control o someterlo con grandes posibilidades de que resulten placenteras.

* * * *

Cada vez que las mujeres disfrutamos el sexo con los hombres, confiadas en que es *eso* precisamente lo que *queremos*, y cómo lo queremos, yo creo que estamos trastocando los significados culturales y políticos otorgados a la heterosexualidad en los discursos dominantes sobre la sexualidad. En ellos el "sexo" es algo que hombres activos le hacen a mujeres pasivas, y no algo que las mujeres hacen. Es, después de todo, con personas muy especiales que usualmente decidimos tener relaciones sexuales, por nuestro deseo por ellas. Equivocarse al distinguir cuándo las mujeres quieren dar y recibir contacto físico con los hombres y cuándo son forzadas al sexo (lo cual es, en efecto, "opresivo, humillante y destructivo") sólo puede generar culpa y la negación de la libertad sexual de las mujeres, reemplazando dicha libertad sexual con la forma más perniciosa de autoritarismo moral.

²⁸ Pierre Bourdieu y Terry Eagleton, "In Conversation: Doxa and Common Life", *New Left Review*, núm. 191, 1992, p. 115.

Otra vez, y de forma irónica, creo que procede dar la última palabra sobre la "heterosexualidad" a una inspirada feminista lesbiana, Joan Nestle. Mostrando cuánto nos falta todavía para encontrar una nueva política sexual para el feminismo que incluya en vez de que ignore la heterosexualidad, su conmovedora evocación "A mi madre le gusta coger" enojó a otras lesbianas, entre ellas a Sheila Jeffreys, que se manifestaron en contra de la revista londinense que la publicó. Ella tuvo el valor de protestar: "No me griten 'pene', mejor ayuden a cambiar el mundo de tal manera que ninguna mujer sienta vergüenza o miedo porque le gusta coger".

Traducción: **Marta Lamas**